

La intuición poética de Isabel Gómez

JOSÉ-CHRISTIAN PÁEZ

“**P**erfil de muros” (Ediciones Logos, Santiago de Chile, 1998, 63 pp.) no es, como pareciera en una primera impresión, un poema largo diseccionado por sus páginas, ni fragmentos dispersos inconexos entre sí. Más bien se trata de un libro compuesto por tres poemas de irregular extensión, que llevan por títulos “Esquina del dolor” (101 versos), “Memorias en desuso” (86 versos) y “Santiago fin de siglo” (108 versos).

Recordemos que Isabel Gómez (Curicó, 1959), además ha publicado “Un crudo paseo por la sonrisa” (1986), “Pubisterio” (1990), y “Versos de escalera” (1994), y que, en 1997, fue distinguida con el prestigioso premio Fundación Pablo Neruda.

“Perfil de muros” se construye sobre tres aspectos emotivos esenciales: amor y desamor, cansancio y vejez, y cuerpo y ciudad (que es el espacio que contiene a la hablante). Gómez inicia su enunciación desde dos asociaciones básicas: la risa como reflejo de la alegría y el dolor como reflejo de la tristeza (del recuerdo y de la nostalgia, también). Prevalece lo último: “Por años fuimos invirtiendo la risa/ hasta desaparecer”. Y agrega: “No hay llanto que no sepa regresar”.

Esta poesía refleja el abatimiento, la fatiga ante la monotonía de lo repetido e invariable. En el primer texto, “Esquina del dolor”, dice: “Podría ser/ que nadie sepa nada del mundo/ y este poema/ sea la memoria de otros días/ en cerebros gastados/ por la nostalgia/ de caer siempre/ al mismo cuerpo”. “Ir al mismo cuerpo” es ir a lo que está fijo, a lo que es inmutable y existe como historia porque no se renueva y que, por ello, se avejenta.

Es la insatisfacción humana por el amor no alcanzado a plenitud y que busca otra forma que sí permita esta realización: “Acaso ya no existas/ cuando te encuentre/ y seamos una tristeza ilfcita/ cayendo de esta casa”. Este logro posible tiene una esperanza: “Podría empezar de nuevo/ ocultar las frases de los viejos amigos/ y acariciar los sueños que dejaron”.

No alcanzar este sentimiento es la muerte, que, aunque se tenga la certeza que un día todos fenecemos, más que a ella misma se teme al período de la ancianidad: “Simularé cierta vagancia/ cuando todos duerman/ y mi cabeza sea un resto de invierno”. Hay

una relación entre la nieve y el invierno: “mi cabeza sea un



resto de invierno” es una cabellera encanecida por el transcurrir de los años.

Más adelante expresa: “y no habrá ni un solo rincón/ en donde limpiar los espejos/ de la oscuridad”. Como podemos leer, “los espejos” reflejan el tiempo que se estigmatiza en el propio cuerpo (la cabeza blanca), en tanto que los años acumulados son, en este texto, “oscuridad”, entendidos así por haber sido impuestos y porque no se quiere aceptarlos, ya que la acumulación de ellos permite lo inevitable: la vejez a la cual nos referimos. Concluye Gómez con estos versos: “En la próxima estación/ abandonaré mi cuerpo a la noche”.

En Santiago fin de siglo, la ciudad es la que contiene entre sus muros un modo de existir y sus calles son los caminos posibles

entre los cuales hay que elegir uno. Asimismo, esta urbe contiene esa infelicidad que agobia y angustia: “Te escribo otra vez/ -es la única forma de morir-/ Los fantasmas me pertenecen/ hay trozos de días acostándose en mí”. Y luego continúa: “Bajo esta oscuridad somos semejantes”, para rematar de esta manera: “Pareciera que esta ciudad/ no evitará que estrelle mi cuerpo/ contra los muros”.

Escrito en verso libre (como sus obras anteriores), “Perfil de muros” tiene una gráfica diseñada por Camila O’Ryan Vallejo y Patricio González Moreno, quienes utilizaron fotografías de Javier Pérez. Es un libro-objeto escrito con el apoyo del Fondo de Desarrollo de la Cultura y las Artes (Fondart), del Ministerio de Educación.

En este volumen, Gómez reitera tópicos que ya aparecen en sus títulos anteriores, sobresaliendo el carácter intimista de sus versos y la simplicidad propia de una poetisa dominada por una poderosa intuición. Eso sí, tendría que enriquecer su idioma para no reiterar algunos vocablos que, al aparecer por carencia de vocabulario y no por una reiteración usada con fin literario, debilitan un tanto su poesía. Tal es el caso de sombras, recuerdo, ocultar, oscurecen (oscuridad), silencio, memoria, otoño, nostalgia, términos que por sí tienen sendos valores emotivos, los cuales Gómez no necesita, puesto que ella consigue evocar el

sentido que encierran tales voces. Escribirlos equivale a explicar antes que posibilitar el sentir y, por tanto, opacan y vulgarizan la fuerza expresiva de sus imágenes, las que sí sugieren.

Por último, señalemos que el lector quisiera encontrar en los versos de Isabel Gómez, una reflexión profunda que esté más allá de los sentimientos primarios del ser humano y asequibles al enten-

dimiento de manera casi instantánea. Sin embargo, valiéndose de imágenes augurales, la autora se las arregla para inferir y concluir poética y asertóricamente, consiguiendo con esta simbología la fuerza propia que confiere a la poesía, la contradicción. Esta es la virtud característica que se reitera en “Perfil de muros” y que exhibe la obra -hasta ahora conocida- de Isabel Gómez. ■